LETRAS DE AMERICA

"Puerto Limón" de Joaquín Gutiérrez

Por *Juan A. AYALA*

(En *Rep. Amer.*)

Una frase, que por desgracia se hizo célebre y que suscitó la atención polémica de los escritores de América, va dejando de ser cierta. «América es una novela sin novelistas», afirmó tenazmente Luis Alberto Sánchez. Los hechos han desvirtuado al poco valor objetivo que, durante algún tiempo, pudo tener esta afirmación. Hoy ya se puede decir que la novela va abriéndose paso en esta tierra de América y que ha comenzado para el continente su verdadera etapa humana, que redica precisamente en su redeescubrimiento a través de la naturaleza y del hombre. La novela americana existe, porque existe el dolor y la angustia en el desmesurado contraste que se da entre naturaleza y vida, entre hombre y acontecimiento. Ninguna tierra, más preparada que esta para sazonarse en la novela: en este tablero evolucionan razas, ideologías, tendencias, que se entremezclan en pavorosos problemas. Aquí no hay término medio, pues todo es volcánico. Puesto que no puede ser una verdadera epopeya la que florezca, tiene que ser la novela, cantada, gritada, recitada, vivida. Una novela en la que entre el indio, el mestizo, el negro, el capitalista de apellido sajón; el petróleo, el café, el maíz, el estaño, el banano, el volcan, el río, la manigua, la pampa, la selva, el llano, la sabana . . . Escenario magnífico. Y no faltan los hombres que muevan esos personajes de novela . . .

Una enumeración de los valores actualmente existentes tendría el peligro de dejar a muchos fuera, por falta de información detallada. Pero los nombres de Rivera, Gallegos, Larreta, Machado de Assis, De Azevedo, son una realidad. Y en estas tierras de Centroamérica, que nos interesan por lo cercanas, Miguel Angel Asturias, Yolanda Oreamuno, Mario Monteforte Toledo, Coronel Urtecho, Cardoza, Arévalo Martínez . . . (insisto en que la enumeración es obligadamente limitada). Señalamos de pasada la preeminencia de guatemaltecos. Es que tienen la magnífica disculpa de la tie- y del hombre guatemalteco. Tierra rica, de ensoñación auténticamente tropical, en la que existe el gran abismo racial de un fondo indígena numeroso y cerrado y el mestizo, el ladino relativamente culto. Diferencias sociales y sobre todo, mentales, El indio cerrado en su ambiente, guardando lealmente sus secretos y sus tradiciones y el blanco comerciando, estudiando, viajando, han hecho de Guatemala en Centroamérica, una especie de Sevilla actual de la literatura y en concreto de la novela vivida y bebida en sus fuentes más auténticas. Algo parecido ocurre en la realidad venezolana de indios semisalvajes y negros apegados a los africanos, en un injerto superficialmente americano. Bien lo ha descubierto Rómulo Gallegos en una de sus mejores novelas «Pobre Negro»... Pero no queremos apartarnos del tema de nuestro comentario que se dirige hoy a un novelista costarricense, Joaquín Gutiérrez, cuya obra «Puerto Limón», ha sido la sensación del año en Chile y en el resto de Sudamérica.

«Puerto Limón» es una interpretación realista de la difícil vida del bananero en las haciendas de Honduras, de sus problemas sociales. Como telón de fondo aparece la naturaleza de la selva tropical con una grandeza inusitada. Una especie de gobelino oscilante al soplo huracanado de las pasiones desatadas. Personajes tallados a golpe de machete que se apegan a la tragedia de la tierra fértil pero vedada a sus deseos y, es más, a sus necesidades más urgentes. —Es un ejemplar realizado de lo que, según nosotros concebimos, es la literatura llamada social—. Literatura social hecha sin intención, pero con verdaderas repercusiones en el campo social: examen de la tragedia del bracero y del negro, dentro de una sociedad en la que todavía prevalece la práctica de la esclavitud, de la compraventa del hombre por el hombre . . . Y sobre esta amalgama de pasiones, de opresiones y luchas sin objetivo, la exaltación y el empuje de la naturaleza bravía que acaba por vencer y por derrotar al hombre. Sólo la evasión, una evasión que puede parecer cobardía y traición, es la que salva y redime al hombre.

Silvano, demasiado autobiográfico, demasiado personal, perseguido por la constante idea de la evasión, trata de liberarse de todo un pasado convencional, que le quiere atar a la tierra y a la violencia de sus hombres, incomprensibles para una psicología, como la de él, hecha a la disciplina del estudio y del alejamiento de las dificultades de la vida. Silvano encierra, para mí, el hombre nuevo que se está haciendo en América. Lazos raciales que la atan a los problemas del terruño —la enigmática llamada de la sangre y de la tierra, en definitiva, únicos lazos del hombre emigrante— y por otra parte la acedia ante males que parecen no tener remedio. Pero Silvano no es un vulgar desertor. Es un tierno que volverá, que en definitiva será como su tío Don Héctor Rojas, encomendero, esclavo de las pasiones, de su tierra y de su mujer. Saldrá, recorrerá espaciosos caminos, oprimirá su huella contra el asfalto de las grandes ciudades «donde nadie le conozca y hable un idioma extraño», pero volverá a la verdad de la trocha tropical de la sombra del banano, de la hacienda y del peón, del negro y del mestizo, tristes y oprimidos. Y se adivina que todo su idealismo redimidor, se volatilizará para dar paso al realista, al esclavo y al calculador. Experiencia sexual que se bifurca en dos experiencias prematuras: experiencia sexual en las carnes gastadas de la vieja sirvienta de sus tías, poseída furtivamente sobre las heladas losas de la cocina y en las carnes jóvenes —pechos que comienzan a dar leche y maternidad presentida— de su prima Diana. Experiencia sexual —quizá más importante que la anterior— con la tierra y el clima de la hacienda, con los humildes y los oprimidos. Silvano busca la verdad, una verdad que no puede encontrar entre el fragor de las mil impresiones recibidas en su choque con un medio ambiente que él no podía adivinar detrás de las paredes del Colegio. Los peones sensuales hablando de sus experiencias, la procesión de los aparecidos, el consultorio del médico y la negra Azucena leprosa, Betó el señorito pervertido, Tapón vagabundo de puerto y estación, Paragüitas, el líder, crean en él un estado de excitación que sólo puede tener salida en la huída, en el desencanto de los largos viajes, en el aturdimiento de las grandes ciudades, y en las dificultades de un idioma inexpresable.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "